

“La sociología en su taller: entrevista a Kathya Araujo”

Entrevista realizada a Kathya Araujo¹ por
Natalia Campos² y Juan Morales³.
19 de noviembre de 2019.⁴

Juan Morales: En primer lugar, es un placer para la Revista Temas Sociológicos contar con su testimonio y su colaboración en este número 25 dedicado a reflexionar sobre el oficio de la sociología en Chile y en América Latina.

Natalia Campos: Aunque los acontecimientos nacionales apremian, no queremos desaprovechar de preguntarle y de abrir la entrevista con la siguiente pregunta: ¿qué significa para usted ser sociólogo?

Kathya Araujo: No soy socióloga de pre-grado. Me formé en parte en el doctorado que cursé, el que tenía un carácter interdis-

¹ Doctora en Estudios Americanos. Profesora e investigadora del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago de Chile. Directora del Centro Núcleo Milenio Autoridad y Asimetrías de Poder. Actualmente es directora del Grupo de estudios de “Sociología y Ciencias de la información” del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (Fondecyt, Chile). Especialista en teoría social y en estudios sociológicos sobre la autoridad, las normas, los procesos de individuación y configuración del sujeto, ha realizado importantes publicaciones, entre las que destacan: *Habitar lo social* (Santiago de Chile, LOM ediciones, 2009), *Desafíos comunes* (con Danilo Martuccelli, 2 volúmenes, Santiago de Chile, LOM ediciones, 2012), *El miedo a los subordinados. Una teoría de la autoridad* (Santiago de Chile, LOM ediciones, 2016), y como editora *¿Se acata pero no se cumple?* (Santiago de Chile, LOM ediciones, 2009) y *Legitimization in World Society* (con Aldo Mascareño, Londres, Ashgate, 2012). Contacto: kathya.araujo@gmail.com

² Licenciada en Sociología por la Universidad Católica Silva Henríquez. Asistente de gestión editorial de la Revista Temas Sociológicos. Contacto: natalia.e.campos.o@gmail.com

³ Doctor en Sociología. Académico de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica Silva Henríquez y editor de la Revista Temas Sociológicos. Contacto: jmoralesma@ucsh.cl

⁴ Agradecemos la transcripción de la entrevista a María Cecilia Astete, Licenciada en Sociología por la Universidad Católica Silva Henríquez.

ciplinario. Mi tesis doctoral combinó herramientas de la historia, de la sociología, del psicoanálisis, de la literatura y de la teoría feminista. Pero mi formación había empezado mucho antes. Yo empecé una formación paralela en sociología mientras que continuaba mis estudios en psicología y psicoanálisis. Comencé a frecuentar espacios no institucionales (no me daban ni un título, ni un diploma, era solo el compromiso de pensar el país) que animaba un sociólogo muy importante y prematuramente fallecido en el Perú, Gonzalo Portocarrero. Un auténtico maestro, como en los talleres de los artesanos. Luego continué mi trabajo de formación teórica en el doctorado, pero sobre todo en el trabajo práctico de investigación con notables investigadoras feministas chilenas como Ximena Valdés o Virginia Guzmán. Un gran aprendizaje. Fui la ayudante de la ayudante de investigación, luego la ayudante de investigación, luego la co-investigadora y así. Aprendí en el camino que la formación de socióloga es una combinación de formación teórica muy estricta, de mucha lectura, pero al mismo tiempo de un trayecto de perfeccionamiento en el uso de la mirada, la escucha, en la formulación de las preguntas que tengan sentido para una y para los otros; de aprendizaje lento y a veces duro de cómo investigar, cómo analizar, cómo interpretar; una práctica continuada de cómo usar las herramientas que poseemos y también de desacralizarlas e ir más allá de ellas, y, sobre todo, de cómo teorizar. En este trayecto he ido aprendiendo de cada una de las personas con las que he trabajado, y por suerte he tenido la oportunidad de trabajar con sociólogos y sociólogas excepcionales, pienso en Danilo Martuccelli, y esto está muy lejos de ser una declaración retórica. Le debo mucho a muchas personas. Así es que soy una socióloga, porque lo soy, es lo que hago, que siguió el camino heterodoxo de la formación interdisciplinaria y artesanal. Como todos los artesanos, me formé en el "taller". He hecho el camino de la aprendiz. Así es que es en este marco que hay que situar lo que significa para mí ser socióloga. Solo puedo hablar por mí. Ser socióloga es tener una auténtica curiosidad por los resortes de la vida social, un compromiso con

la vida de los otros, una disposición para permanecer mucho tiempo trabajando en “el taller”, y una atención permanente a las exigencias de teorización que trae particularmente ser una socióloga latinoamericana en un momento como el actual.

JM: ¿Qué valoración tiene del desarrollo académico y profesional de la sociología en el Chile en las últimas décadas?

KA: Creo que para responder esta pregunta tenemos que empezar por poner en perspectiva el trayecto de la sociología en el país. La dimensión mainstream de la sociología chilena se estructuró desde sus inicios muy fuertemente en torno a temas políticos. En un primer momento, el que podría de manera laxa fecharse entre 1950 y 1980, los temas fundadores y mayores de la sociología chilena, como en muchos otros países latinoamericanos, tal como lo ha sugerido Martuccelli y Svampa, fueron el desarrollo, la dependencia y la democracia. El golpe de estado de Pinochet en 1973 marca un quiebre en la sociología chilena. A los exilios y persecuciones de muchos intelectuales, se añadió el cierre de las escuelas de sociología en las universidades, y, con ello, la necesidad para los sociólogos de reconvertirse. Lo hicieron por medio de actividades diversas en el mercado de trabajo o buscando formas de financiamiento internacional. La sociología empezó a transformarse internamente. Nuevas temáticas fueron incorporándose al quehacer sociológico desde los años 1980 a medida que una nueva agenda de investigación propulsada por los organismos internacionales se instalaba: poblaciones, ruralidad, jóvenes y sobre todo los estudios de género, aun cuando, es cierto, la problemática política seguía siendo mayoritaria, en particular en torno al tema de la dictadura y la represión. La participación ciudadana en todas sus manifestaciones, comunidades eclesiales de base, agrupaciones barriales, movimientos sociales y, más tarde la denominada sociedad civil se convirtieron en grandes problemáticas de la sociología chilena. Tal vez pocos trabajos representen mejor este primado de lo político y esta inflexión en curso como el trabajo de Manuel Antonio Garretón publicado en 1983, *El proceso político chileno* o los trabajos de Norbert Lechner

y el puente que estos establecen entre cultura, política y subjetividades.

¿Qué pasó a partir de los años 1990 y con la vuelta a la democracia? Yo diría que dos cosas muy importantes. Por un lado, un proceso de re-institucionalización de la sociología que implica su retorno y expansión en las aulas universitarias. Al mismo tiempo, una gradual pero constante fragmentación del campo. Expresión de esto es la existencia de diferentes corrientes hoy presentes en la sociología chilena. Yo propondría seguir al menos cinco.

La primera corriente, que se instala fuertemente a partir de 1990 comprende estudios focalizados en la implementación de diferentes políticas públicas. Ésta es una dimensión reforzada por la participación de muchos sociólogos en puestos de gobierno o en la administración pública en los cuatro primeros gobiernos de la Concertación (1990-2010). La sociología chilena se “tecnificó”, se “concretizó”, lo que fue de la mano con la producción del perfil del sociólogo experto en vínculo con la tecnocracia. Las políticas públicas se convirtieron en un campo obligatorio para la formación en sociología y un objeto de estudio ampliamente recurrente. Lo anterior no impidió, sin embargo, que el marco institucional y político haya seguido muchas veces operando como marco explicativo. Es frecuente que los análisis de la sociedad chilena, cosa que personalmente encuentro teóricamente muy complicada, se hayan hecho, y se hagan, a partir de períodos presidenciales. Ésta es una tendencia visible en los trabajos de alto impacto público como el de Tomás Moulián, *Chile actual: anatomía de un mito*, los trabajos de gran tiraje de Eugenio Tironi (2005) pero también en algunos de los Informes de Desarrollo Humano del PNUD.

De manera paralela, en segundo lugar, pero me parece que ya antes de 1990 y sobre todo a partir del 2000, se afirmó una tendencia por la cual se extendieron posiciones que defienden una descripción de la vida social que toman distancia de la po-

lítica y en las que en términos interpretativos ésta tiene poca o nula influencia. Estas posiciones suelen estar relacionadas con teorías específicas como la de Luhmann o, más tardíamente, la teoría del actor red, dos teorías de fuerte recepción en el país, las que a pesar de sus enormes diferencias tienen en común otorgar a la política un rol subalterno. A mi juicio, más allá de la cuestión teórica, este rechazo apareció también como una ruptura generacional frente a dos grandes fenómenos. Por un lado, y primero cronológicamente, a la preeminencia de la teoría marxista y su acentuación de lo político y de lecturas en clave de dominación. Por otro, como una respuesta a una sobre-acentuación del peso del Estado y las políticas públicas en la agenda y producción sociológica.

La tercera corriente es la de la creciente profesionalización de la sociología de cara al mercado. A diferencia de otros países y quizás como un efecto inesperado de la dictadura, la sociología en Chile logró conservar parte del mercado (con economistas y politólogos) en lo que concierne a encuestas de opinión pública, informes a empresas o análisis de intervenciones sociales. Se trató de una profesionalización coactiva que se tradujo, a nivel de los curriculums académicos, por la importancia creciente que tuvieron los cursos de metodología en la formación de los sociólogos y sociólogas, algo muy visible en la casi totalidad de los departamentos de sociología hoy en Chile. Los y las sociólogos se dedicaron a temáticas radicalmente desprendidas de toda significación política, como los estudios de mercado efectuados con el fin de conocer el perfil de los consumidores.

La cuarta, es la apertura más bien reciente a una gran diversidad temática. Nuevos temas hasta hace muy poco considerados como poco sociológicos, poco “políticos”, o sea poco relevantes para el desarrollo del país, se vuelven temas legítimos de estudio. Sobre todo, cada uno de estos temas se autonomiza, con mayor o menor fuerza, de agendas de índole política institucional. Las cuestiones familiares se estudian cada vez más en sí mismas, independientemente de lo que significan para las políticas públi-

cas. La escuela es cada vez más objeto de estudio de relaciones entre profesores y alumnos, más allá de las meras evaluaciones de políticas educativas comparadas a nivel nacional o internacional. Estudios sobre nuevos actores sociales, como los empresarios, aunque presentes en los años 80, y los nuevos movimientos sociales y las movilizaciones, se incrementan y se acentúan. Estudios sobre el uso concreto de las normas en la vida cotidiana o de los procesos de individuación, una sociología sobre la técnica, pero también una sociología económica, del trabajo, que pone atención a la cuestión de las subjetividades, de estudio de las desigualdades, la deuda o del consumo tienden a afirmarse con fuerza en la última década. Un retorno podría decirse de la sociedad, pero, es indispensable señalarlo, con una tendencia a pensar atomizadamente las esferas sociales o ámbitos experienciales. Aunque existen, son muy escasos aún los estudios que apuntan a hacer interpretaciones macro-sociológicas de la sociedad.

La quinta, es la persistencia de una sociología que se auto-percibe como crítica. Primero, y me refiero con esto cronológicamente, con Bourdieu y Foucault, los autores más relevantes y más utilizados en la década de 1990 y 2000, como ha sido puesto en evidencia. Por supuesto, con la presencia de la Escuela de Frankfurt y sus generaciones más recientes, y de manera muy relevante con la gradual y definitiva presencia de las teorías feministas en la formación de estudiantes y la producción sociológica. Más recientemente, y yo creo que esto es esencial, con una vuelta muy potente de la teoría marxista, en parte de la mano del post-marxismo, pero no solo, especialmente en algunas universidades. Y por supuesto, un poco también de la mano de lo anterior, en una mezcla particular, están las posiciones post-coloniales y decoloniales también presentes hoy.

Hecho este recorrido, me parece que lo más evidente para responder su pregunta es decir que la sociología chilena hoy no está, como tantas veces se afirma a propósito de otras sociologías nacionales, en "crisis". No solo el número de estudiantes es relativamente estable, aunque con oscilaciones, sino que incluso

el número de doctorandos, muchos de ellos formados en el exterior, no deja de aumentar en los últimos años, aportando a su regreso nuevos horizontes teóricos. Adicionalmente, la producción no cesa de ser cada vez más abundante. Hay una riqueza muy grande de ámbitos estudiados. Yo creo que, en este sentido, es un campo diverso, rico, en movimiento. La dificultad de la sociología chilena, está en otro lado, me parece. En la fragmentación disciplinaria y en las condiciones de producción y sus consecuencias.

JM: ¿Influye en este diagnóstico el que usted sea directora del Grupo de estudios de “Sociología y Ciencias de la información” del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (Fondecyt), principal fondo público para realizar investigaciones sociológicas?

KA: Por supuesto, pero no solamente. Es también mi experiencia ordinaria como miembro de esta comunidad de sociólogos y sociólogas. Creo que ambos insumos me permiten considerar que hay al menos tres cuestiones que debemos esforzarnos en modificar y que son resultado en buena parte del propio modelo de desarrollo de la investigación y la ciencia y sus coerciones, de las cuales debo decir, en mi opinión, no solo el CONICYT es responsable sino también las universidades y la propia comunidad sociológica.

Primero, debemos superar la fragmentación. Me refiero con esto a la ausencia de diálogo entre las diferentes corrientes de las que he hablado, pero también a la compartimentalización que es una tendencia en la producción de conocimientos. Eso no solo facilitaría el diálogo, sino que evitaría una redundancia en la producción de conocimientos, muchas veces producida por la falta de información acerca de lo que los otros están haciendo. Como necesitas citar a extranjeros reconocidos para que las revistas indexadas preferentemente internacionales te publiquen pues de eso dependen tus evaluaciones en el mundo académico y tu acceso a los fondos estatales para la investigación, muchos conocen

mucho mejor lo que se produce fuera que lo que se produce dentro del país.

Segundo, recuperar formas más virtuosas de producción que superen las constricciones que nos ha puesto la esclavitud a los rankings e indexaciones. El campo está algo así como estallado en este sentido. Voy a tomar el ejemplo de la investigación y las publicaciones. En cuanto a las publicaciones, buena parte de los artículos no se publican aquí sino afuera y en inglés, con lo cual se debilita el espacio del debate. Por otro lado, el número de libros de autor o autora, monográficos, basados en investigación original, realmente sólidos, que, no hay que olvidar, son el corazón de nuestra disciplina, son verdaderamente escasos. Y no lo son, me parece, por falta de talento, formación o inclinaciones. Son escasos porque todo el sistema te empuja en otra dirección: hacia el paper. Es difícil superar estas coerciones. Requiere de mucho coraje y mucho sacrificio personal, y aun así, a veces incluso poniéndole todas las ganas termina siendo demasiado potente el sistema. En cuanto a la investigación, la presión enorme de las universidades, pero también la introyección de un conjunto de exigencias absolutamente desmesuradas por parte de los y las investigadores para obtener el reconocimiento, las que se asocian al hiperproductivismo, han terminado por producir una comunidad en la que se repite un poco la situación del país. Unos y unas que tienen demasiado. Otros y otras que tienen poco o nada. La concentración en unos pocos. No es solo una cuestión de justicia. Es una cuestión de seriedad. Vemos a investigadores o investigadoras participando en tres o cuatro proyectos de investigación distintos al mismo tiempo, exigidos por sus universidades a no abandonar la docencia, muchas veces de alta dedicación; a tomar cargos administrativos; a publicar incesantemente, y todo al mismo tiempo... y una la verdad se pregunta, ¿a qué hora se investiga?, ¿cuándo se lee? La complejidad de las ideas y sus sutilezas, el tiempo de reflexión sobre nuestros datos, el esfuerzo real por teorizar, el evitar las consignas y las frases hechas, el preservar la dimen-

sión artesanal del oficio sociológico, son las cosas que hay que cuidar para resguardar la calidad de la sociología en el país.

NC: ¿Son los efectos de un modelo de sociedad en la ciencia?

KA: Sí, de sus coerciones y de sus vicios. Por ejemplo, una de las cosas en las que deberíamos poner mucho esfuerzo es en desterrar la lógica de la competencia y la falta de generosidad y reconocimiento que se ha instalado. Yo creo que estas actitudes se explican, al menos en parte, debido a que se ha extendido la creencia que solo vale lo que hago si digo que lo que estoy haciendo es descubrir un continente. Lo veo por todos lados. El tufillo neoliberal es perceptible. Es un grave error. Las ciencias son acumulativas. Tienen que ser acumulativas. Luego, claro, están los saltos, esos que no se pueden prever. Pero para eso necesitamos acumular. ¿Cómo vamos a afirmarnos como comunidad científica, por ejemplo frente a los arrestos del mainstream occidental tema caro a los decoloniales, si no construimos un campo sólido y fructífero hecho sobre la base del reconocimiento de los aportes de los que nos han precedido y de aquellos que nos acompañan hoy, en nuestra vereda o en la de enfrente, a pensar nuestra sociedad? La ausencia de una tradición sociológica de larga data hoy viva en nuestra concepción del campo o la debilidad de la presencia de escuelas o de continuidades respecto de los aportes de quienes nos antecedieron, son una expresión de la tendencia a borrar el pasado en la construcción del territorio de la sociología. Una situación muy distinta respecto de otros países de América del Sur, por ejemplo.

Quiero aclarar que esto no me parece que sea un problema personal de los sociólogos y sociólogas chilenas. Para nada. Hacemos sociología. Nos interesa la relación de lo singular con lo estructural. El problema que quiero marcar es el de las consecuencias que a nivel de las dinámicas y lógicas grupales en el campo de la sociología (y probablemente en otras ciencias, pero no me siento autorizada a afirmarlo) han instalado de manera tan eficiente como erosiva las coerciones de nuestro neoliberalismo

chileno. En todo caso, creo que es un buen momento para discutir las políticas de las ciencias y tengo la impresión de que hay un estímulo para ir hacia una discusión mayor y empujar una forma más participativa en el debate sobre qué vamos hacer con esas políticas de la ciencia en el país.

NC: ¿Cuál ha sido el papel de la mujer en la sociología chilena contemporánea? ¿Qué significa ser mujer socióloga? Y al respecto, ¿cuál ha sido su experiencia?

KA: Creo que las mujeres han sido de un enorme aporte para la sociología. Para empezar porque incorporaron a nuestro arsenal conceptual y metodológico los aportes de la teoría feminista. Por otro, porque permitieron hacer visibles nuevas temáticas, pero también nuevas perspectivas. La investigación feminista ha sido muy importante en el país. Cuando no era el caso, las investigadoras feministas ya tenían un auténtico interés por la vida social, por la cotidianidad, por los individuos, por la subjetividad. Muchas, además, desarrollaban consistentemente el intento de pensar más allá de claves institucionales, precisamente porque había que ser críticas con ellas. Con ello es otra mirada la que ingresa. Lo otro que podría permitirme decir, sin haber hecho un verdadero estudio, es que el número de mujeres en la sociología es cada vez es más importante y que hay más mujeres sociólogas cuyo trabajo en muy variados ámbitos es muy influyente en el campo. De hecho, nuestro Grupo de Estudio de Sociología en FONDECYT, tiene hoy ligeramente más integrantes mujeres que hombres (el grupo tiene en consideración la cuestión de género en su composición y también de representación regional). Pero que haya habido un incremento de mujeres no implica necesariamente que se hayan anulado las dificultades que se encuentran en el ámbito profesional de la sociología por ser mujer. Aunque espero que sí, que al menos hayan disminuido. Usted que es de una generación distinta a la mía quizás podría responder mejor que yo. En cuanto a mi, espero que los esfuerzos de muchas mujeres, de mi generación y de las anteriores, hayan hecho que su trayectoria sea un poco más fácil.

NC: ¿Su experiencia inicial como socióloga estuvo marcada en una desigualdad frente al sociólogo hombre?

KA: Si. Cuando empecé era una experiencia no solo frecuente sino naturalizada. Era un mal común. Si pienso en mi experiencia, yo puedo corroborar esa percepción generalizada que siendo mujer hay que luchar y trabajar bastante más que los hombres para alcanzar reconocimiento, para que las ideas propias sean visibilizadas, y para ser admitidas en ciertos ámbitos. Es evidente aún. Por ejemplo, la teoría sociológica continúa siendo un campo muy masculino. Es muy difícil ser reconocida como teórica. Es más fácil para una mujer el reconocimiento en el trabajo empírico. Yo no sé si es cierto, pero hay esta historia de que cuando Max Weber se casó con Marianne Weber en el contrato pre-nupcial Max estipuló que él era el que se dedicaba a la teoría y Marianne a la empiria. La escuché por allí. Insisto, no sé si es verídica, pero como dicen los italianos, se non è vero è ben trovato. Son cosas que aún acontecen y que se dan en todos los campos. Estos reflejos no han desaparecido, pero la situación se está transformando. Soy optimista.

JM: Usted que viene estudiando de manera teórica y empírica desde hace años las experiencias cotidianas de la vida social y la sociedad en que vivimos, ¿qué retrato nos puede hacer por favor sobre la sociedad chilena contemporánea?

KA: Es muy difícil decirlo en corto. Pero creo que una cuestión es esencial es que Chile es una sociedad que ha sido fuertemente afectada por un gran cambio en su condición histórica desde hace al menos cuatro décadas. Esto ha implicado para sus individuos, por un lado, tener que enfrentar una vida social poblada de exigencias desmesuradas (económicas, laborales, temporales, de cuidados etc.) teniendo que hacerse cargo de solucionar con pocos apoyos institucionales la propia vida, lo que ha ido produciendo grados muy altos de desgaste y agobio. Al mismo tiempo, esta nueva condición histórica ha implicado el surgimiento de nuevas expectativas respecto a lo que uno se merece; cuál es el mínimo

vital digno; qué esperar. Se trata de nuevas expectativas que no solamente deben ser entendidas en términos económicos (aunque también lo son), sino especialmente en términos relacionales. Las promesas de igualdad, de autonomía y de derecho que se expandieron en los noventa y los ideales a los que dieron lugar tuvieron gradualmente efecto. Por ejemplo, las expectativas de horizontalidad en las relaciones con los otros y las instituciones son una demanda que si es cierto que se politiza hoy, es posible rastrearla ya en la primera parte de la década 2000. Ya en ese momento, además, el abuso estaba haciendo su camino hacia convertirse lo que es hoy: el nombre de lo moral y políticamente inaceptable. La discriminación y el “borramiento” de sujeto constituía ya desde entonces el fundamento de lo insoportable. En tercer lugar, y en virtud de lo anterior una fuerte crítica y rechazo a las lógicas que ordenaban nuestras relaciones e interacciones sociales se fue aguzando. Lo fue, porque las lógicas sociales aún vigentes que las personas encontraban en su vida ordinaria no correspondían en absoluto a lo que las nuevas promesas y expectativas proponían. Pero, al mismo tiempo, y esto es algo que debo subrayar, este rechazo a las lógicas sociales, como el autoritarismo o la confrontación de poderes, no tuvo un correlato en la propia conducta. No lo tuvo porque si bien las personas rechazaron moralmente estas lógicas, por otro lado, las asumieron como la vía necesaria para enfrentar la vida social. No lo tuvo tampoco porque las formas que tomaron las expectativas y sus efectos desiguales en demandas y éticas personales también han estado fuertemente influidas por los procesos de individualización acentuados que ha atravesado la sociedad. Finalmente, lo que aconteció en este tiempo es lo que he llamado en una publicación reciente “el circuito del desapego”, un camino de distanciamiento en razón de las múltiples desilusiones y excesos tanto de las instituciones como de todos los otros que no constituyan parte del “como uno”. Un relajamiento de los lazos con la noción de lo común.

Este trayecto nos ha llevado a lo que yo creo que es lo central del momento actual. Una disputa por una una mejor distribu-

ción de las riquezas y los bienes de la sociedad. Una demanda por transformar y moderar las excesivas exigencias estructurales para los individuos. Y una exigencia por transformar los principios relacionales que ordenan la sociedad. O sea, se trata esencialmente de reconstruir, de reelaborar los fundamentos de cómo imaginamos nuestra vida en común y eso incluye los principios relacionales que la rigen. Esto es muy importante porque todos a lo largo de este tiempo nos hemos ido despegando y desapegando de esos principios de la vida común ya sea porque no los encontramos más legítimos o simplemente porque no tenemos ninguna adhesión por algo del orden de lo común. Se necesitan soluciones y una parte, por supuesto, muy importante, institucionales. En este marco el proceso constitucional es esencial. Pero, por otra parte, la solución, me parece no pasa por las leyes. Tenemos que ir re-inventando y estableciendo los principios que ordenan las interacciones y relaciones sociales que nos parezcan aceptables y justos para regular nuestra vida conjunta. Es una prioridad política. En la medida que no se produzca este acuerdo en ciertos valores o principios que nos permita reconocer normas comunes justificadas y respetadas, todo vale lo mismo, y si todo vale lo mismo sólo lo resolvemos con la fuerza. Esto no lo estoy trayendo a colación como una reflexión contingente. Lo digo porque es algo que surge de lo que había encontrado en mis últimas investigaciones, esas antes de este octubre 2019. Antes de estos hechos, la verdad es que una de las cosas que me ha impresionado de mis resultados es el nivel de sufrimiento de las personas por tener que vivir en una sociedad en la que los micro-conflictos son tan frecuentes, en la que las irritaciones en el espacio público o en la relación con los otros son pan de cada día. Las personas no solamente sufren por razones económicas, no solamente por el sistema capitalista, no solamente por la explotación, sino que también por las relaciones ordinarias con los otros. Estos momentos políticos y sociales que hoy vivimos son momentos de excepcionalidad. Pero se tendrá que volver a una vida ordinaria que tendremos que llevar a cabo todos juntos. Y sería bueno aprove-

char para no volver al mismo lugar. Debemos decidir hacia dónde vamos. La verdad, eso me preocupa bastante: cómo vamos a resolver la cuestión del lazo social. No digo con eso integrarnos o adaptarnos, no. Lo que quiero decir es que tenemos que encontrar maneras de superar una tendencia social muy marcada hoy a la retracción hacia los “como uno” y el sentimiento de todo otro como amenaza. Tenemos que encontrar formas de conjugar las luchas por la justicia con un verdadero esfuerzo por vivir la vida social como un espacio de implicación ética personal. Todas y todos queremos hoy ser mejor tratados, pero la verdad es que todavía no encontramos la mejor manera o la buena manera de no solamente ser bien tratados sino de tratar bien, no solo de ser respetados sino de respetar... eso implica la construcción de posiciones éticas sobre la base de acuerdos comunes... implica abrir la mirada hacia el otro y reconocer su alteridad...yo creo que eso es esencial.

NC: En un momento actual de crisis social y política, y en el que todavía no se alcanzan a otear las repercusiones de las movilizaciones sociales iniciadas en octubre de 2019, pero en el que sí estimamos que la sociología será necesaria e importante. Por tal motivo ¿cuál es el rol que usted considera que deberá cumplir la sociología en Chile tras el estallido social de octubre de este año 2019?

KA: Creo que la sociología ya ha cumplido un buen papel. Tengo la impresión de que habían muchos trabajos valiosos mostrando la situación realmente densa, desgastante, desmesurada en el que la sociedad chilena se encontraba. Creo que la sociología ha hecho un aporte y, por supuesto, me parece que debe continuar haciéndolo. No estoy de acuerdo con la afirmación de que la sociología se equivocó en todo y que no aportó en nada y que no tenía relación con la sociedad. Estoy en completo desacuerdo. Por un lado, porque eso es negar el trabajo de muchos y de muchas sociólogas. No solo se publicaron muchos trabajos muy relevantes, sino que han ido creciendo las propuestas de investigación-acción, investigación-comunitaria o múltiples formas de

transmitir el conocimiento producido. Por otro lado, no concuerdo con esta crítica porque muchas veces ella viene de la mano con una exigencia normativa respecto a lo que debería ser la sociología en función de la convicción política o ideológica de quien la enuncia. A mí me gustaría subrayar que hay que entender que la sociología, como cualquier otro campo de conocimiento en general, es una disciplina plural y que tiene que mantenerse como una disciplina plural. No le puedo decir a usted lo que DEBE hacer la sociología. Pero le puedo decir lo que NO debe hacer la sociología. Creo que la sociología no puede restringir sus campos de interés debido a presiones políticas o ideológicas de ningún tipo. El compromiso de la sociología es con la sociedad y con las personas. Es extremadamente importante escuchar, y escuchar quiere decir, para empezar, no imponer tus propias agendas. Somos sociólogos y sociólogas que tenemos intereses distintos. El mundo social es muy complejo y está lleno de aristas. Si hay quien se quiera dedicar los próximos cinco años a trabajar sobre algún problema teórico de un grado muy alto de abstracción de la sociología, está muy bien. Si hay quien quiere implicarse en formas de producción de conocimiento comunitarias, está también muy bien. Pero, así como la sociología no debe abandonar su carácter plural, tampoco debe convertirse en una disciplina de la mera contingencia o inmediateista.

JM: Siguiendo con esta reflexión de la relación entre sociología y sociedad en Chile, parece que esta disciplina ha tenido cierta dificultad de comunicarse con una sociedad tan desigual y fragmentada. Por tal motivo, ¿cree usted que la sociología en Chile ha ido perdiendo su capacidad de sentido y función pública? ¿Se puede hablar de diferentes sociologías para diferentes públicos y grupos sociales?

KA: La fragmentación es un problema. Pero no es solo en la sociedad. Lo es a la interna porque la sociología como campo está conversando poco. Una corriente con otra. Un grupo de trabajo con otro. Tenemos poco debate de fondo. En esa medida, muchas veces los espacios de trabajo o circulación se convierten

en cajas de resonancia limitadas: se van refrendando los propios pensamientos. Eso no sirve para el avance de la disciplina. Se tiene que avanzar en las conversaciones, en las confrontaciones de argumentos, tesis, evidencias, ideas. En este punto, en verdad, hay mucho que hacer. Con respecto a la conversación con la sociedad, o sus fallas. Yo creo que la sociología nunca ha tenido la obligación de predecir. La predicción es una palabra muy extraña para un cuerpo vivo como es la sociedad. Pero, también creo que no es la responsable política de la sociedad. Son los individuos, hombres y mujeres miembros de la sociedad. Lo otro sería seguir insistiendo en la idea de la vanguardia iluminada. Por supuesto, esto no quita mi convicción profunda que hay una dimensión ética irrenunciable en el desarrollo de la profesión, como también que todo lo que se haga debe aportar a la sociedad y a sus individuos, como lo dije. Pero, eso no me autoriza a sostener que mi respuesta ética sea la que todos deban tener. Ahora, si la cuestión es en qué medida la sociología ha intentado o no aportar, me consta que muchas veces sociólogos y sociólogas han ido a discutir sus resultados con los responsables políticos y han tratado de influir en las políticas públicas, influir en las instituciones. No creo entonces que sea un problema meramente de la sociología, sino que creo que hay un problema de los canales de comunicación. Entre lo que están entregando las sociólogas y los sociólogos con los resultados de sus investigaciones y lo que efectivamente utilizaron los políticos para tomar sus propias orientaciones o sus propias decisiones. Desde hace años ha habido mucha producción sociológica insistiendo en la relevancia de la desigualdad, del endeudamiento o de los efectos del neoliberalismo en el mundo del trabajo, para mencionar solo tres temas. Quizás el aprendizaje de todo esto que ha ocurrido en estos meses es que la sociología y las ciencias sociales tienen mucho más que aportar que este modelo tecnocrático-economicista que ha acompañado por varias décadas al país y a la toma de decisiones. Creo que lo acontecido muestra que no solo se trata de indicadores y macro procesos, sino que debemos considerar para el entendimiento de

la sociedad otras dimensiones como las subjetivas, las relacionales, las interaccionales. La vida social es mucho más compleja. Por eso decía que lo que hoy enfrentamos en Chile no tiene solo una explicación económica. Hay otras dimensiones que están en juego y estas dimensiones se tienen que abordar.

NC: ¿Cree usted que las actuales demandas de más democratización y mayor igualdad de la sociedad chilena también se reflejarán en la enseñanza, en el ejercicio, y en las prácticas profesionales e investigativas de la sociología?

KA: La verdad que voy a ser muy honesta para responder. Estoy en postgrado desde hace ya un tiempo y tengo menos contacto con lo que está pasando en el pregrado. No me siento en condiciones de dar una respuesta global. Lo que sí puedo contestar es qué pienso de la formación del sociólogo o la socióloga o cómo entiendo que debería ser ésta. Por supuesto, debo empezar diciendo que ella varía en cada universidad. No todas tienen los mismos enfoques, pero me parece, y eso en función de lo que conozco de los programas o de los y las jóvenes que cruzo, que se está exagerando en términos de la importancia atribuida a la formación metodológica. Las metodologías son muy importantes, pero no son las técnicas las que te permiten investigar sino que es el aprender a investigar, y el aprender a investigar es otra cosa distinta que aprender técnicas cualitativas o cuantitativas. Yo no sé si es así, pero cruzo estudiantes que conocen muy bien las técnicas pero no saben exactamente qué es investigar. Las técnicas hay que movilizarlas en función a un problema. Así es que lo primero es tener un problema. Un problema teórico y uno de investigación a la vez. Suena simple. No lo es. Creo que frente a esta sobre-estimación de las técnicas quizás valdría la pena darle un poco más de peso, va a parecer una locura en esta época, a la teoría. Generar más cursos de teoría y también hacer obligatoria una cierta formación filosófica de los sociólogos. Las grandes figuras sociológicas son en general personas muy bien formadas no solo en la teoría social sino que también en la filosofía. Yo creo que para ello, eso sí,

hay que pensar de otra manera la teoría. Se la suele considerar desprendida de la empiria. Es totalmente lo contrario. A mi juicio eres un buen investigador cuando haces trabajo empírico porque quieres teorizar, y no porque te tomas de la teoría para hacer trabajos empíricos. Es exactamente al revés. Si investigo empíricamente es porque quiero entender, porque quiero conocer, porque quiero decir cosas más allá de la evidencia y su descripción, y eso significa exactamente teorizar. Lo otro es tecnificar la disciplina. He insistido en otro lado que investigar es artesanía. Eso quiere decir que no hay una sola manera de hacer las cosas. No hay una receta universal. Pero pareciera ser que esta última es la creencia hoy. Hay una cosa que me perturbaba mucho. Hoy muchos tesisistas tienen que enfrentar mientras hacen sus tesis a comisiones o instancias en que sus investigaciones son comentadas por tres, cuatro o hasta cinco profesores y profesoras distintas. Siempre mis simpatías están del lado de los y las estudiantes. Lo que uno ve allí es que cada uno de los profesores da una opinión muchas veces muy diversas de cómo debería enfrentar su objeto de estudio y su proceder investigativo. Muchas veces los y las tesisistas terminan más confundidos que aclarados. La cuestión es que ninguna de las sugerencias es necesariamente inadecuada pero cada una de esas personas tiene una acumulación de percepciones teóricas, de concepciones del problema a investigar o de lo que es investigar diferente. En una investigación lo que manda es la pregunta, la manera que se está entendiendo la pregunta que uno se hace y las premisas de las que se está partiendo. Esas tres cosas tienen que estar en sintonía...luego viene la técnica....no es irrelevante, pero no es lo nuclear.

JM: Recientemente comentó en un coloquio celebrado en el Instituto de Estudios de la Sociedad⁵ que las ciencias sociales y

⁵ Nos referimos al Coloquio “¿Qué le pasa a Chile?”, organizado por el Instituto de Estudios de la Sociedad el día 29 de octubre de 2019 en Santiago de Chile y que contó con la participación de Kathya Araujo, Cristóbal Bellolio y Daniel Mansuy.

los análisis políticos miraron en Chile demasiado a la política y poco a la sociedad, proponiendo usted que la sociedad debe entrar en las categorías de la política. ¿Puede por favor ampliar-nos esta sugerente idea para explicar la crisis social y política actual?

KA: Sí, claro. He discutido ya en varios lugares que la sociología en Chile ha tendido a comprender la sociedad en exceso en clave política. Lo testimonia no solo la enorme importancia temática de las políticas públicas, o, por ejemplo, que muchos estudios comprensivos de la sociedad fuesen estructurados según periodos presidenciales, algo que es completamente absurdo, como he señalado antes. Se han pensado los problemas muy en clave política y se han hecho muchos menos estudios sobre la sociedad en sí misma, sobre los procesos en juego en la sociedad. Voy a darle un ejemplo. Hay estudios sobre sectores populares que trabajan sobre estos como actores políticos; hay estudios sobre sus formas de organización política, y yo creo que eso está muy bien, pero lo que acontece es que tenemos muy pocos trabajos sobre las dimensiones ordinarias de la vida social en estos sectores. Significa que sabemos menos sobre las nuevas culturas populares, las nuevas formas de construcción de grupos en el interior de esos sectores, hay pocos estudios sobre rituales, fiestas, formas de celebración o sobre cuestiones valóricas. Ha habido una gran focalización en el acercamiento en la cuestión de la pobreza para nutrir las políticas públicas. Pero ello no aporta a entender cuáles son las transformaciones que están aconteciendo, qué individuos se están produciendo, no dice cuáles son las tensiones que están habiendo entre los diferentes actores. Debemos dejar de leer todo en clave política. Lo que hay que hacer es ir hacia la sociedad y estudiar la sociedad en clave social para que esos estudios permitan que la política renueve sus propias categorías. La política debe entender a la sociedad en clave social para desde allí poder dar una respuesta en clave política. La sociología tiene que contribuir abordando lo social en clave social y no sólo en clave política.

De otro modo, se seguirán aplicando las categorías políticas y se “hará” hablar a la sociedad más que dejar que ella hable.

NC: ¿Cómo ve el futuro de la profesión en relación con los espacios compartidos con otras profesiones? ¿El trabajo para el que es formado el sociólogo sigue siendo exclusivo del sociólogo?

KA: No. Creo que hay fronteras que se han quebrado y se han puesto más borrosas y que tienen que ver con la interdisciplinarietà. Me parece que eso es algo con lo que vamos a vivir: compartiendo espacios con los y las ingenieros, con los antropólogos y antropólogas urbanas, los historiadores de la historia reciente, etcétera. Es un movimiento que no se va a parar y que le exige a la sociología reconocer la fuerza de la interdisciplinarietà y, por otro, pensar cuál es su especificidad y sus aportes. Ésa pregunta es muy importante: ¿dónde está su especificidad? ¿Cuál es el aporte que hace la sociología? Creo que es una discusión que tenemos que hacer. Pero, hay que decirlo, una de las grandes ventajas que tiene la sociología es que es una disciplina que históricamente ha sido muy receptiva a estos cruces de frontera. La sociología recibe a tráfugas como yo y consigue absorberlos. Desde el comienzo de la propia disciplina, uno ve la cantidad de practicantes de la sociología, muchos muy notables, que venían de otras disciplinas. Esto ha sido y es muy bueno para la vitalidad de la disciplina.

JM: Por último, ¿cómo ve el panorama actual para la sociología en América Latina?

KA: Yo creo que unos de los problemas principales para la sociología América Latina es que las sociologías nacionales dejaron de conversar. Hay muchos síntomas. No hay circulación de libros. No hay circulación de debates más de fondo. Existen pocos estudios, por ejemplo, que trabajen varios casos nacionales al mismo tiempo que no sean cuantitativos, porque cuantitativos hay. No hay estudios cualitativos como tampoco una gran narración teórica de la región hoy. Creo que eso es una característica

de la sociología latinoamericana en general: está de nuevo muy fragmentada. Es una cuestión de los tiempos. Por supuesto está CLACSO⁶ y un par de otras instancias, pero son espacios que tienen muchas pero muchas limitaciones. A mi juicio, hemos sabido más construir espacios de encuentro y reconocimiento mutuo ideológico que verdaderos foros de debate y de desarrollo teórico. El otro asunto es que existen realidades institucionales y políticas muy distintas. El caso de Chile, por ejemplo, es el de tener muchas escuelas de sociología y eso quiere decir que hay salidas laborales, que hay lugares donde se puede trabajar, aunque sean insuficientes. Hay países, con grandes ciudades de muchos millones de habitantes, en las que únicamente tienen dos o como mucho tres escuelas de sociología. Son países que tienen un mundo sociológico muy chiquitito por cuestiones institucionales. Del lado de las realidades políticas es muy similar. El caso de Brasil es un caso dramático y es paradigmático. La sociología hoy está siendo acusada de ser básicamente una forma de adoctrinamiento y se le están reduciendo fondos de manera muy importante. Los profesoras y profesores son vigilados y amenazados. Existen también lugares donde no hay este asedio, pero al mismo tiempo se define la visión política que tiene que tener la sociología. Entonces hay realidades tan diferentes que hacen muy difícil pensar “la sociología latinoamericana”, constituir las relaciones que la hicieran posible. Creo que la sociología latinoamericana es algo que uno heredó como idea y que perdió en el camino, pero que uno puede perserverar en tener aún como horizonte de futuro.

⁶ Se refiere al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), institución internacional no-gubernamental, creada en 1967 a partir de una iniciativa de la UNESCO y que reúne a centros y grupos de investigación en el campo de las ciencias sociales, la sociología y las humanidades. Para más información véase: <https://www.clacso.org/>